

Arte mexicano de la última década



Daniela Rosell. Sin título, 2001, de la serie Ricas y Famosas. Cortesía Editorial Turner, Madrid



Yoshua Okón. Turkish Tarzan, 2003

La generación doble equis

Pablo Helguera

La generación XX -término que aplicaré a aquellos nacidos aproximadamente entre finales de los 60 y mediados de los 70 en México- es el resultado de una serie de factores que la ha vuelto relevante en el medio internacional, suscitando una de estas sospechosas rachas de interés en el mundo del arte. Nutrida por el interés externo por el arte en México, la aparición de ciertos coleccionistas, y la presencia de artistas y críticos extranjeros en el país, la generación XX tuvo oportunidades de

lanzarse al mercado internacional de formas que simplemente generaciones anteriores a Gabriel Orozco realmente nunca tuvieron. Productos de la generación XX son las luchas de Carlos Amorales; las travesuras irreverentes de Miguel Calderón; la *Mejor Vida Corporation* de Minerva Cuevas; los policías sujetándose los testículos ante la cámara de Yoshua Okón; las ricas y famosas de Daniela Rosell, y las presentaciones mortuorias de Teresa Margolles. El museo XX debería de contener, sin duda alguna, el juego doble de *basketball* y *soccer* de Gustavo Artigas, las construcciones arquitectónico-alquímicas de Pedro Reyes, las obras de Eduardo Abaroa, Abraham Cruzvillegas, y Gabriel Kuri, entre muchos otros.

Los XX comenzaron siendo irónicos, a veces sarcásticos, cínicos, rara vez solemnes, pocas veces intelectuales. Sus productos son a veces sofisticados, románticos, sobre-diseñados y escurridizos, jugando con la ficción, con significados refugiados en la rebeldía o en el hermetismo.

La presunción más generalizada acerca de la obra de los XX es que expresan el caos existencial de la ciudad de México. En realidad, la obra de los XX (y de los artistas en generaciones contiguas) se ha ido desarrollando en formas nada predecibles fuera de esa línea que se estableció

más o menos a partir de varias exposiciones colectivas internacionales que han promovido esas lecturas. Los XX se caracterizan por haber comenzado temprano con una obra energética, a veces con humor y desafío adolescente, pero que a fuerza de exponerse más a otros ámbitos y a su natural evolución en términos formales y conceptuales, en sus mejores miembros ha adquirido una sutileza que va ya muy distante de las obras que se producen hace siete u ocho años.

La denominación "dos equis", es igual a la marca de una cerveza mexicana de exportación, pero la lógica del nombre proviene de algo más que de la noción de un producto de consumo internacional. La primera equis corresponde a la "equis

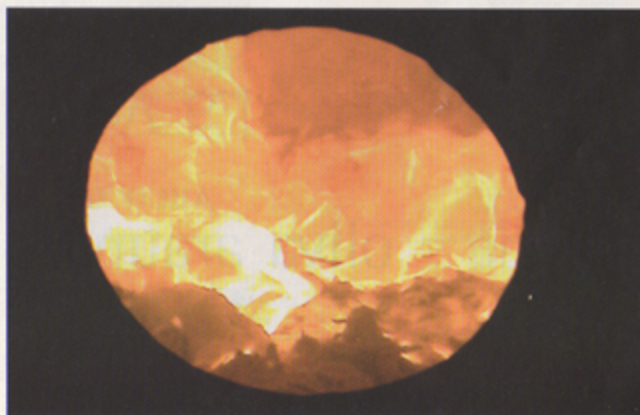
en la frente" -término inventado en un famoso ensayo por el escritor mexicano Alfonso Reyes. Reyes se refería a aquella marca de nacimiento cultural que los mexicanos llevamos inscrita de forma congénita. Para Reyes, uno de los primeros intelectuales trotamundos en la era revolucionaria de principios del siglo XX, la X en la frente era aquella esencia cultural contenida en cada mente y espíritu mexicano, que nos definía en relación a Europa: una equis netamente mexicana, que simbolizaba la hibridación y el cruce cultural (los españoles, al transcribir los nombres aztecas, escribían esta letra en cualquier sílaba que no podían pronunciar del náhuatl). Esta condición del mexicano en el exterior es, creo yo, una que ha sido particularmente vivida por mi generación. En realidad, las referencias mexicanistas de los XX vienen de formas oblicuas: si no el símbolo de la virgen de Guadalupe, si una imagen del metro del D.F.; si no un nopal, si un pedazo de chicharrón en una vitrina. De manera que los elementos locales no están ausentes, pero son referentes mucho menos predecibles que los símbolos perennes de la mexicanidad y mucho más referencias urbanas que mitológicas.

La segunda equis es la global, la que se conoce generalmente como la *Generation X* en EE.UU.: una generación oscilante entre la determinación y la desidia; entre el cinismo y la crítica; entre el humor y el pesimismo; entre el activismo y el anarquismo; entre el aburrimiento y la aventura; producto del triunfo de la cultura de masas, conscientes y conciliados con su condición consumista. Nacidos durante o casi inmediatamente después del 68, y habiendo vivido la peor época demagógica de México, no es de sorprenderse que la actitud política de los XX sea



Minerva Cuevas. *Nada con exceso, todo con medida*, 2000. Cort. Kurimanzutto, México D.F.

Teresa Margolles. *Crematorio (Fosa Común)*, 2003. Cort. Galería Enrique Guerrero, México D.F.



de desconfianza de la realidad. No tomar las cosas demasiado en serio es un útil *modus operandi* para los XX, no tanto como credo sino como mecanismo de defensa ante una realidad social y política tan ingobernable. Por otra parte, la presencia de la cultura de masas y el uso de nuevos medios es lógico también. La XX fue la primera generación educada por Televisa; y la primera generación en desarrollarse a la par de la revolución informática y de Internet. Otro punto importante es que la mayoría de los artistas XX han tenido formación en el extranjero. Los XX, en suma, son un producto híbrido de la modernidad cultural mexicana y el universo globalizante de las bienales de arte contemporáneo.

Aparte de la necesidad de asumir el hecho de ser el "acto siguiente" de Gabriel Orozco, los XX enfrentan un doble desafío en cuanto a su relación con el arte actual. El artista XX emerge, inevitablemente, en un mercado global con hambre de exotismo antropológico que lo coloca en la incómoda postura de convertirse en un representante, si no en un reflejo, de cierta realidad mexicana de la que el mundo exterior está ávido de consumir (la X en la frente), mientras que por otra parte las propuestas producidas no pueden dejar de tener una resonancia actual (*gen X factor*). Niñas frescas de mal gusto, telenovelas, luchadores enmascarados, rituales mortuorios de la violenta ciudad de México, imágenes de los taxis verdes del D.F., son cosas que causan fascinación en Europa por ser extrañas y marginales, y la avidez con que son consumidas a veces genera la pregunta de si estas imágenes satisfacen inquietudes artísticas o etnográficas. Quizás el uso irónico de la cultura popular, el *kitsch*, la idiosincrasia urbana, es la manera de la generación XX de reconciliar estas dos encrucijadas culturales y generacionales.

Por otra parte, el artista XX debe lidiar con la sobre-exposición del arte mexicano ante el mercado internacional. Muchos artistas XX -y los posteriores que continúan emergiendo ahora- caen presas del tiovivo infinito de las bienales y la ferias, de los viajes continuos por el mundo. La generación XX ha sido la primera en integrarse en la fiebre 'festivalista' que genera más que una obra, un estilo de vida: vivir en hoteles y aeropuertos, de bienal en bienal. La carrera del artista contemporáneo,

en su peor versión, se asemeja más bien a la de un proselitismo nomádico permanente por todo el mundo, enfatizando la producción en vez de la reflexión.

La dicotomía entre cultura local y la cultura pop global (esas dos equis generacionales) ha estado muy presente, creo yo, para los artistas XX al desarrollar su obra. En resumen, el dilema al que tiene que responder la generación XX -y creo que está en la frontera crucial de su madurez para resolverla- es cómo actualizar



este cruce generacional y cultural en este nuevo mundo globalizado y conectado, plagado de olas neoconservadoras y fundamentalistas religiosas, sumergido en una nueva serie de dilemas de identidad, lleno de incertidumbres y con necesidad de una respuesta crítica. Para los XX, como quizás hasta cierto punto para cualquier generación, la clave para preservar la relevancia de su mensaje radica en mantenerse con los pies en la tierra, y no dejarse domesticar por los caprichos del mercado del arte que convierte a las ideas en anécdotas y a sus obras en *souvenirs*.

Pablo Helguera es artista y vive y trabaja en Nueva York.

Pedro Reyes.
Flanagan, 2004